

ALIANZA

ALIA

SUR-AMERICANA.

..... Union, o pueblos,
Para ser libres i jamas vencidos.
Esta union, este lazo poderoso
La gran cadena de los Andes sea.

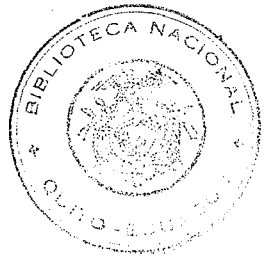
OLMEDO.

GUAYAQUIL.

IMPRESA I ENCUADERNACION DE CALVO I CA.

CALLE DE BOLIVAR, NUM. 134.

1868.



ALIANZA SUR-AMERICANA.

I.

*Rarus duabus tribusve civitatibus ad propul-
sandum commune periculum conventus; ita, dum
singuli pugnant, universi vincuntur.*

Rara vez se reúnen dos o tres ciudades para rechazar el peligro común; así, combatiendo aisladas, todas son vencidas.

TACITO.—*Vida de Agricola, XII.*

La alianza del Perú, Chile, Ecuador i Bolivia ha sido el resultado forzoso de las hostilidades insensatas que ha hecho la España a las dos primeras de estas repúblicas; pero este hecho, como todos los hechos históricos, tiene sus causas i debe naturalmente tener sus efectos. Indicar estas causas i prever estos efectos, es el objeto del presente opúsculo.

Esponiendo, aunque brevemente, lo que ha sucedido ántes de la guerra i durante ella, se puede descender lójicamente a lo que deberá suceder despues, haciendo, si se tiene bastante prevision, lo que es indispensable para que no se repita semejante calamidad. I no se repetirá por cierto, si todos los americanos de corazón i de inteligencia trabajan como es debido por la continuacion de la alianza, dándole mayor estension de la que tiene actualmente, i de manera que, librándose de intervenciones estrañas, se ayuden mutuamente las repúblicas aliadas, sea por el bien que se hagan o por el mal que dejen de hacerse, introduciendo para ello en sus relaciones internacionales la práctica de mejores principios, que el estado actual de la civilizacion reclama con urgencia.

Debemos reconocer i confesar con toda injenuidad, que cuando las colonias españolas se insurreccionaron contra la metrópoli no contaban con los elementos precisos para constituirse en naciones independientes. Escasamente pobladas i ocupando dilatadísimos territorios, la dificultad de las comunicaciones era un obstáculo, por sí solo insuperable, para su adelantamiento. Separadas de la sociedad de las naciones civilizadas del antiguo mundo, debieron permanecer estacionarias, i aun más bien debieron ir decayendo en la misma progresion en que fué decayendo durante los últimos siglos la madre patria, puesto que de ella solo recibian débiles reflejos de la civilizacion europea.

Felizmente, a fines del último siglo la independenciam de la América inglesa i la revolucion francesa arrojaron por todo el universo una luz tan viva, que aun las más alejadas comarcas tuvieron que sentir su influencia poderosa. Por otra parte, la guerra de independenciam que con raro heroismo sostuvo la España contra la Francia a principios del presente siglo, la obligó a relajar el entredicho en que tenia sujetas sus colonias con los demas pueblos.

Sin embargo, las ideas de emancipacion que esas revoluciones, esa guerra i esas concesiones tardías excitaron en América, no se difundieron en la masa del pueblo, ni era posible que en tan corto tiempo se difundiesen. Reducido era el número de americanos capaces de comprender las cuestiones sociales; i juzgando por sus hechos, que hemos presenciado, i por sus escritos, que todavía leemos, se puede asegurar que aun los más hábiles i los que mejor fama han dejado, solo tenian en tales materias nociones incompletas. La ignorancia era tan jeneral que lo que esos hombres hicieron, por mediano que ahora parezca, merece la admiración i la gratitud de las jeneraciones presentes i futuras.

De allí vino el hecho constante de que todas las primeras tentativas revolucionarias en cada una de las diversas colonias tuvieron lugar en las principales ciudades, donde se encontraban esos pocos hombres de saber adelantado de que hablamos. Aislados como estaban, sus esfuerzos habrian sido inútiles, si no hubiesen tenido en las mismas ciudades el apoyo de la nobleza criolla, que sin conocer las cuestiones políticas vivia indignada de la supremaciam de los españoles europeos, que ocupaban casi esclusivamente los principales empleos públicos. ¡Ejemplo patente de la degradacion colonial! los hijos de los españoles europeos dejeneraban por el hecho solo de haber nacido en América.

Sin embargo, la alianza de unos pocos hombres intelijentes con la clase más elevada de la sociedad, no bastaba para contrarrestar la opinion de las poblaciones en favor de la monarquía española. La obediencia al rei era para ellas una especie de culto, i la insurrec-

cion contra su autoridad un sacrilegio.

Así fué que los caudillos de las primeras revoluciones tuvieron que engañar al pueblo ocultándole el verdadero objeto del movimiento. Para levantarse contra las autoridades constituidas i ponerse en su lugar, las acusaron de connivencia con los franceses invasores de España. Las juntas revolucionarias de América fingieron imitar a las juntas de gobierno formadas en España para defender la independencia nacional i para restituir a su trono al rey lejítimo, al *adorado* Fernando VII. La revolucion americana, justa como era, tuvo que cubrirse con una ridícula e ineficaz mentira. Por eso se vió que en los primeros tiempos las autoridades españolas sofocaron las revoluciones sin soldados europeos, pues americanas eran las tropas, milicianas o colecticias, que sostuvieron contra su patria la causa de la metrópoli.

Pero lo que no sucedió al principio debia suceder i sucedió más tarde : a fuerza de pelear por la independencia, la idea de la independencia se fué jeneralizando. Los refuerzos que venian directamente de España ponian de manifiesto la oposicion bien marcada entre los belijerantes: por una parte los españoles; por otra los americanos. Las poblaciones que más habian ayudado a los españoles se les rebelaron al fin; de manera que al terminarse la guerra eran muy pocos los jefes i oficiales americanos que servian en las filas de los realistas.

Si la revolucion americana no tuvo en sus principios el apoyo de la opinion, tan necesario en todo movimiento social, carecia ademas de los recursos materiales igualmente indispensables para toda guerra. Las minas de Méjico i del Perú, cuya importancia se exajeraba en aquellos tiempos en que se creia que la riqueza estaba en el dinero, no podian compensar la falta de comercio i en jeneral de las demas industrias. A pesar de sus minas, las colonias españolas vivian en un estado de atraso, resultado natural de la pobreza, no pudiendo por lo tanto compararse con los demas países del mundo que sin tener minas se han ido engrandeciendo con la libertad comercial. La misma España, que disponia de esas riquezas minerales, iba progresivamente empobreciéndose. El oro i la plata que recibia de las colonias no hacian más que pasar por sus manos para contribuir al engrandecimiento de otras naciones más industriosas.

Esto que sucedia con la España, que se aprovechaba del producto de esas minas, debia suceder i sucedia en mayor grado con las colonias sujetas en todos los ramos de la industria al más riguroso monopolio. La América estaba condenada a no recibir en sus mercados más que los productos que venian de la Península, i no tenia otros mercados para vender sus propios productos que

los de la misma España. Así, en este doble cambio, la metrópoli era el único vendedor i el único comprador. Prohibida la concurrencia para vender i para comprar, la América sufría doblemente en su comercio. Calcúlese cuánta seria esta pérdida durante los trescientos años de coloniaje, i se explicará fácilmente el atraso en que estaban las colonias i los funestos efectos que se resienten todavía, a pesar de los adelantos que han hecho en los cincuenta años que gozan de libertad. La suerte de las colonias era idéntica a la del esclavo. Todo el fruto de su trabajo pertenecía a la metrópoli, como el trabajo del esclavo pertenece al amo. Apénas se les dejaba lo necesario para vivir día por día, sin ninguna perspectiva, sin ninguna esperanza de adelantamiento.

En tal estado de decaimiento, mal podrian contar con recursos para hacer la guerra, i si lograron hacerla fué porque la metrópoli estaba igualmente escasa de ellos, a pesar de tener la ventaja de que gozan siempre los gobiernos que tienen a su disposicion todas las fuerzas con que puede contar el pais que está bajo su dominacion.

No hai más que ver en cualesquiera de las naciones civilizadas, por pequeñas que sean, el modo como hacen la guerra, el equipo, el armamento, las municiones de sus soldados, i comparando todo esto con el modo i los elementos con que se hizo la guerra de la independenciam, será fácil convencerse del estado de atraso en que se hallaban las colonias i en que todavía se hallan las nuevas repúblicas, a pesar de los progresos que han hecho en estos últimos años.

I si en el dilatado tiempo que duró esa guerra triunfaron al fin los americanos, su triunfo fué debido a dos causas principales, que debemos tener siempre presentes: la debilidad de España— la union de los americanos. Débil como era la metrópoli, ninguna de sus colonias habria podido triunfar de ella peleando separadamente.

De manera que desde entónces pudo preverse mui claramente que constituidas las colonias en varias naciones, necesitaban unirse para resistir aun a la misma España en caso de renovarse la guerra. Si esto sucedía con respecto a España, esto mismo debía suceder i ha sucedido con mayor razon con respecto a otras naciones más poderosas que ella. El más ligero amago de bloqueo, una simple demostracion amenazante han sido suficientes durante cincuenta años para que recibamos sin discusion la lei que cualquiera de esas naciones ha querido imponernos.

Porque si en una guerra nacional cada una de las nuevas repúblicas puede contar con el patriotismo de la mayoría de sus ciudadanos (cosa que no sucedió en los primeros años de la revolu-

cion de la independencia) su debilidad es un hecho demasiado constante para no dudar de la imposibilidad en que se hallan de medir aisladamente sus armas con las de otras naciones.

No se puede por lo tanto esperar que sean realmente independientes nuestras repúblicas, miéntas no estén estrechamente unidas, pues no basta para la independencia de las naciones tener gobiernos propios; tal independencia es incompleta: se necesita además que cada uno de esos gobiernos disponga de medios suficientes para hacerse respetar, rechazando con la fuerza, llegada la ocasión, exigencias indebidas.

Esos medios no los tenemos; lo que tenemos es una larga experiencia de nuestra debilidad. En estos últimos años hemos hecho pruebas crueles; ¿esperaremos aun otras más crueles en justo castigo de nuestra imprevisión i apatía?

Mui distinta hubiera sido nuestra suerte si despues de conquistada la independencia hubiéramos realizado la alianza americana promovida por la superior intelijencia de nuestro primer soldado, el Libertador Bolívar, i por el patriótico entusiasmo de nuestro primer poeta, Olmedo.

Los gobiernos americanos se prestaron al principio a realizar este grandioso proyecto enviando a sus plenipotenciarios a Panamá i en seguida a Tacubaya; pero mui luego desistieron de su intento. Las guerras civiles que han destrozado todas nuestras repúblicas, cortando el vuelo a su natural engrandecimiento, han destruido tambien los sentimientos jenerosos propios de los pueblos libres. En vez de trabajar por nuestro progreso interior i por hacer respetar nuestras nacionalidades, hemos derrochado nuestras riquesas i derramado a torrentes nuestra sangre; para levantar i derribar sucesivamente tales o cuales caudillos, fluctuando casi siempre entre el despotismo i la anarquía.

El primero de ellos, aunque sea doloroso decirlo, fué el mismo gran Bolívar. Cumplida su mision con la rendicion del Callao, último asilo de los españoles en América, sea por ambicion, o sea, i este es nuestro parecer, por debilidad, en lugar de retirarse de la escena, en donde yá no tenia papel que representar adecuado a su grandeza, se obstinó en sostener el poder que tenia no solo en Colombia, sino tambien en otras repúblicas de la América del Sur.

Desde entónces comenzaron nuestros males; los verdaderos republicanos no podian permitir que se perpetuase i consolidase una autocracia militar, necesaria a veces durante la guerra, funesta siempre en tiempo de paz. Ni podian permitir tampoco que se consumase la revolucion promovida por el mismo Libertador, para cambiar las instituciones democráticas existentes, con la nueva constitucion boliviana, mezcla incoherente de democracia, aristocracia i monarquía.

Esta intentada revolucion debió provocar fuertes reacciones, como sucede con todas las revoluciones que no se apoyan en las justas exigencias de la sociedad. Los hombres encargados de la custodia de nuestras primeras instituciones, rebelándose contra ellas, dieron el funesto ejemplo a otras revoluciones que sobrevinieron.

Para realizar sus ambiciosos proyectos, los amigos de Bolívar fueron los primeros que buscaron la intervencion europea i que trabajaron para destruir la independencia americana, cambiando a un tiempo nuestra forma de gobierno.

Siguiendo en el orden social la lei de las afinidades que se nota igualmente en el orden físico, nada tenia de extraño que la Europa, rejida por monarquías, hubiese deseado establecer en América gobiernos análogos, si no siempre por la fuerza, como poco conveniente a su política, a lo ménos por otros medios indirectos. Desgraciadamente, servian tambien de estímulo, o más bien de pretexto, para esas intervenciones nuestros continuos trastornos domésticos i muchos de nuestros desaciertos en nuestras relaciones internacionales.

Despues del triunfo de Ayacucho, cuando la autoridad de Bolívar habia llegado a su apojeo en la América del Sur, se le hicieron indicaciones privadas de parte del gobierno inglés para que formase una monarquía en estos paises. Bolívar rehusó noblemente esta propuesta.

Tres o cuatro años más tarde su consejo de ministros en Bogotá le sujirió la misma idea, indicándole como su sucesor al duque de Chartres. Bolívar resistió tambien a esta segunda tentacion. ¡Feliz él i felices nosotros, si rehusando aceptar una corona hubiese rehusado con el título el poder absoluto que ejercia i que era un equivalente!

Pero tambien es un hecho constante que nunca se ha desistido en Europa de intervenir en los negocios de América para establecer en ella la monarquía, no siendo ménos constante la parte que han tenido en estas tentativas muchos americanos.

Tal fué el verdadero objeto de la expedicion que el general Flóres alistó en España el año 1846, ayudado abiertamente por ese gobierno con la aquiescencia de otros gobiernos europeos; expedicion que no llegó a realizarse por la oposicion que hizo al fin el gobierno inglés, no por respeto a nuestra independencia, sino por resentimientos con la Francia i la España, que sobrevinieron felizmente para la América.

La historia presenta pocos ejemplos de una felonía semejante a la del gobierno español en aquella época. En plena paz con el Ecuador, teniendo en Quito un agente diplomático, despues de celebrado un tratado en que reconocia su independencia, sin agravios

que vengar, sin atreverse a proferir siquiera una sola queja, alistó una expedición para invadir esta república i cambiar sus instituciones; i para colmo de vergüenza, desmintió en actos oficiales con falsas palabras la flagrante notoriedad de los hechos.

Al escándalo de la guerra que preparó contra el Ecuador, frustrada ésta, siguieron más tarde los reprobados manejos para anexarse la república de Santo Domingo, como lo hizo, aunque por corto tiempo, gracias al heroico patriotismo de sus habitantes.

Burlado por dos veces el gabinete español en sus criminales i odiosos intentos de intervenir en América, su ceguedad era tal que aun quiso hacer nuevas pruebas aliándose con la Francia i la Inglaterra para hacer la guerra a la república mejicana. En esta vez la suerte no le fué ménos adversa.

¡Cuánto desengaño, pero cuán inútil! Arrastrado por el mismo vértigo, dirigió en seguida sus asechanzas contra la república del Perú. Con pretexto de reclamaciones pecuniarias envió a un agente con un título desconocido en la diplomacia i a quien por lo mismo el gobierno peruano tenia perfecto derecho para no recibir diplomáticamente. Sin embargo, las intenciones de éste eran tan sanas, que rehusando la calificación que se daba al ministro español, le proponia medios de allanar la dificultad para entrar en las negociaciones i arreglos que eran i debian ser lo que realmente interesaba a las dos naciones, que eran i debian ser el principal objeto de la embajada.

A una contestacion tan justa i amistosa opuso el comisario rejio su famosa circular a los agentes diplomáticos de las otras naciones, modelo ridículo de estravagante impertinencia, en que las cuestiones internacionales eran tratadas en prosa altisonante como un episodio de poesía épica.

Satisfechos el orgullo i la vanidad del comisario rejio, salió precipitadamente de la capital del Perú a ejecutar los planes concertados de antemano con el almirante Pinzon, que tenia listas dos fragatas en el Pacífico con el pretexto de una expedicion científica. En seguida sucedió todo lo que hemos visto. El almirante se apoderó por sorpresa de las huaneras de las islas de Chincha, hizo prisionera a la pequeña guarnicion que habia en ellas i levantó el pabellon español en el lugar en que estaba el peruano.

Pocas veces se ha visto tanta perfidia seguida de tanta violencia. Fué tan jeneral el escándalo que se dió con este hecho al mundo civilizado, que el mismo gobierno español se vió en la precision de desaprobare la conducta de sus agentes. Pero firme en su propósito de humillar al Perú i hacerle rescatar con su tesoro nuevas humillaciones, no tuvo pudor para continuar reteniendo las huaneras, ratificando este escandaloso despojo con el pretexto de pedir

satisfacciones por la supuesta tentativa de asesinato en la persona de su famoso comisario—invencion propia del mismo comisario interesado en ella, para cohonestar su conducta increíble aun a juicio del mismo gobierno español, según lo dijo oficialmente su ministro de relaciones exteriores, pero sí muy adecuada para aprovecharse de las ventajas que debían sacarse de ella, para arrancar al Perú tres millones de pesos, para humillarlo haciéndole saludar la bandera española i para dejar abierto el campo a nuevas exacciones pecuniarías en arreglos ulteriores. Entre tanto no ha vuelto a proferirse una sola palabra sobre el pretendido asesinato, ni había para qué; yá estaba cumplido el objeto.

Este primer triunfo a espensas del Perú levantó el ánimo del nuevo almirante español, Pareja, i por sus consejos fué autorizado por su gobierno para exigir satisfacciones a la república de Chile por pretendidas violaciones de neutralidad durante las hostilidades contra el Perú. Como el quiotismo i la codicia no son cosas que siempre se escluyen, dueño yá del Pacífico, creyó el gobierno español llegado el momento de hacer reconocer a nuestras repúblicas su preponderancia. No habiendo tenido ántes escuadra en nuestros mares, se había creído en una situación muy inferior a otras naciones que las habían tenido siempre. Aparte del provecho reportado con la explotación del Perú, se pretendía satisfacer la vanidad de igualarse en algún modo, i aunque fuera en cualquier rincón del mundo, a las naciones fuertes.

Tal fué el verdadero objeto de la cuestión promovida a Chile. En las comunicaciones oficiales se dijo así muy claramente. Se buscaba la humillación de nuestras repúblicas en la humillación de Chile, por lo mismo de ser considerada ésta como la primera entre ellas.

Hecha esta confesión, poco importaba que las causas alegadas para hostilizar a Chile fuesen falsas o ridículas. Las quejas de violación de neutralidad estaban desmentidas de antemano por el mismo almirante que las producía, pues increpando ántes los actos del gobierno peruano los había puesto en contraste con los de la república de Chile; i cuando yá habían tenido lugar los hechos que se calificaron más tarde de violación de neutralidad, hacía alarde de honrarla dándole el epíteto de buena amiga. Doble inexcusable a los ojos de los que creen en la moral de las acciones humanas, pero sí muy oportuna para realizar el plan de humillar nuestras repúblicas combatiéndolas separadamente.

La buena amiga fué inmediatamente bloqueada, destruidas sus naves mercantes e incendiada a mansalva la indefensa ciudad de Valparaíso. Tales fueron las hazañas con que la marina española vengó sin combatir ofensas insignificantes o exageradas, si las hubo.

Tanta iniquidad debía sin embargo tener su espiacion, i la tuvo sin tardanza de donde ménos se esperaba. El Perú, traicionado más bien que vencido, se levantó en masa para romper el tratado que le habian impuesto la perfidia i la sorpresa. Un nuevo gobierno proclamó altamente la independenciam de América e hizo suya la causa chilena, oponiendo hidalgamente la fuerza a la fuerza, como único medio de impedir la repetición de los excesos con que la España se habia propuesto establecer en estas repúblicas cierta especie de prestigio, yá que no le fuera dable restablecer su antiguo señorío en ellas.

Merced a la noble enerjía de los peruanos, la escena cambió completamente. Los españoles habian triunfado de enemigos que no combatian; pero desde que tuvieron que medirse con enemigos armados, la fortuna no les fué favorable ni en uno solo de los combates que sostuvieron, viéndose al fin obligados a retirarse maltratados de las aguas del Pacífico que pretendian dominar; no porque a sus marinos les faltase valor, que siempre lo han tenido los españoles, sino porque en la justicia de Dios todos los crímenes tienen su medida i su castigo, porque la indolencia i la desunion de los pueblos de Sur-América debian tener término para darse una respetabilidad que nunca han tenido i que no tendrán por largos años separadamente. Tal es la lei de la naturaleza, que a veces comprimida, tarde o temprano recupera su benéfico poder.

II.

Plus d'un état a été bouleversé par l'erreur funeste des peuples qui ont espéré que leur sort serait amélioré par l'invasion des étrangers.

Más de una nación ha sido trastornada por el error funesto de los pueblos que han esperado mejorar su suerte con la invasión de los extranjeros.

SISMONDE DE SISMONDI.—*Rep. ital., cap. XI.*

La unión es una necesidad imperiosa para las repúblicas de Sur-América. Los hechos que acabamos de presenciar lo están diciendo con una elocuencia que no podrían alcanzar las palabras, por más autorizadas i respetables que fuesen; i sin embargo, si nos ponemos a considerar lo que ha pasado entre nosotros en épocas anteriores, si fijamos nuestra atención en acontecimientos recientes, tenemos motivos fundados para desconfiar de la estabilidad de la unión i para temer la renovación de calamidades de que solo la unión ha podido preservarnos.

Evitar estas calamidades es un deber que la naturaleza ha impuesto a todos los americanos, deber que intentamos cumplir sin medir nuestras fuerzas. Pequeño como es, creemos que no será desdeñado el tributo que pagamos a nuestro país; si más pudiéramos, más le daríamos, pues de él, de la tierra en que nacimos i en que habitamos, de la sociedad en que vivimos, hemos recibido lo poco o mucho que somos i que tenemos.

Si el tributo es pequeño, impropio es el trabajo. No se sabe cuánto es necesario comprimir el corazón i cuánto atormentarlo para decir la verdad a su propio país, sin poderle excusar de sus gravísimas faltas.

Pero la justicia exige que digamos la verdad a la América con la misma severidad con que la hemos dicho a la Europa i especialmente a la España; i la verdad es que los americanos somos más culpables que los europeos, porque la culpa propia en daño propio es ménos excusable i más inesplicable que el mal que otros nos hacen.

Que los gobiernos europeos hubiesen tenido desde el principio de nuestra independencia la idea de establecer monarquías en América, pero sin emplear la fuerza, nada tenía de extraño. En efecto, en los primeros años no recibimos ninguna clase de agresión. La misma

España, en completo silencio, se apresuró llegada la ocasion a reconocer nuestra independencia i a celebrar tratados de amistad i comercio. Americanos fueron los que promovieron la intervencion europea. Yá hemos indicado i son bien conocidas las negociaciones que se entablaron en Bogotá para traer a Colombia a un príncipe frances, que felizmente no tuvieron efecto por la revolucion de Venezuela i la disolucion de Colombia en 1830. Once o doce años más tarde se dieron en Quito algunos pasos para hacer venir al Pacifico buques de guerra españoles. Se ignoran los pormenores de estos tratos que algun dia llegarán a conocerse, aunque la realidad de ellos se confirma con lo que poco despues sucedió entre el Ecuador i España.

Faltos de virtudes cívicas, han creído nuestros bandos políticos que para conservar o recobrar el poder todos los medios les eran lícitos, aun el crimen de llamar al extranjero. El partido que capitaneaba en Quito el jeneral Flóres buscó, despues de su caída, la intervencion española. La expedicion que se preparó en España en 1846 fué obra de ese partido. Entónces se vió para nuestro descrédito i para nuestra vergüenza, que los mismos hombres (o sus descendientes) que fueron los primeros para levantarse en América en 1809 para arrojar a los españoles, fueron tambien los primeros americanos que los llamaron, destruyendo la obra de la independencia. I aunque la expedicion no se realizase por causas estrañas, el mal quedaba hecho. Yá sabian la España i otras naciones lo que significaba nuestro bullicioso patriotismo; yá sabian que podian contar entre nosotros con elementos para renovar expediciones semejantes.

Santo Domingo siguió el mal ejemplo; pero allí, todo lo contrario de lo que sucedió en el Ecuador, no fué el partido vencido sino el que estaba en el poder quien entregó la república a la España, cometiendo para ello todo jénero de excesos. Se quiso dar a la anexion una espontaneidad que no tenia, pues yá estaba lista la expedicion española que debía apoyar i que en efecto apoyó la traicion.

Los mejicanos Almonte, Miramon i otros de su partido fueron los promovedores de la invasion a su patria hecha por la España, la Francia i la Inglaterra. Esta última entró en la alianza por condescendencia o por ver más de cerca lo que pasaba. Parece tambien cierto que la Francia fué excitada por la España, no quedando la menor duda de que ésta fué la que comenzó las hostilidades i la que se encargó de representar el primer papel en la tragedia. Español fué el jefe de la expedicion aliada, i español tambien el mayor número de las tropas que la componian en su principio.

Pero entónces sucedió lo que sucede comunmente con las alianzas que no se hacen para satisfacer intereses léjítimos. Los alia-

dos entraron pronto en desacuerdo. La Inglaterra no queria por su parte tener la responsabilidad de una invasion cuyo objeto fuese imponer a Méjico con las armas una nueva forma de gobierno. La Francia i la España se malquistaron en seguida, no siendo posible que se entendiesen. La presa no podia dividirse; nada más natural que tocarse toda entera a la Francia, como más fuerte. Cada una de estas naciones tenia su candidato europeo para ocupar el trono; cada una su prohombre mejicano para popularizar la conquista: la España a Miramon, la Francia a Almonte. Sin el concurso de estos desnaturalizados mejicanos no hubiera tenido lugar la invasion, i Méjico i la humanidad no habrian deplorado los innumerables males que fueron su consecuencia.

Separada la España de la alianza i burlada su ambicion, quiso sin embargo sacar algun provecho de la leccion que habia recibido. Tres tentativas fallidas contra la América debieron hacerla más circunspecta en sus nuevas empresas, para no chocar con ella atacando abiertamente su independencia. Así, cuando comenzó sus escandalosas hostilidades contra el Perú se apresuró a protestar que no tenia miras de conquista ni de intervencion en los negocios domésticos de ese pais. No queria, pues, no le convenia alarmar a las demas repúblicas, las cuales debieron sin embargo desconfiar de las palabras de la España, teniendo a la vista sus repetidas i dolosas agresiones.

I en verdad los pueblos no se dejaron engañar, pero sí sus gobiernos. La opinion de aquellos fué unánime en favor de la union; la conducta de los últimos indolente. El desengaño no se hizo esperar: vencido, esplotado i humillado el Perú, debía llegar su turno a las demas repúblicas, i de Chile se habrian revuelto pronto los españoles sobre el Ecuador, pues yá tenían pretestos preparados para hostilizarlo, manifestándole claramente su mala voluntad.

El gobierno de Chile es responsable de estos hechos. Su inconsulta neutralidad dió aliento a la agresion española contra el Perú, facilitó el sacrificio de ese pueblo hermano i preparó i asecuró el suyo propio. Sin la neutralidad de Chile i de las otras repúblicas, el gobierno español no se habria atrevido a hacer la guerra en el Pacifico. Engañó a Chile con palabras amistosas, cuando era tan fácil comprender su designio de desunirnos para vernos.

De todas las antiguas colonias españolas, Chile es sin duda la que más debe a la independencia americana. Por lo mismo era la que estaba más obligada a defenderla, pues habiendo sido ella la más pobre i la más atrasada ántes de la independencia, es la que más ha adelantado despues; i sin embargo, ella es la que ménos ha hecho en favor de la union, la que más la ha desdeñado.

Mui justo era que en los primeros tiempos, cuando el Libertador Bolívar promovió la confederacion hispano-americana, Chile i otras repúblicas desconfiasen de las miras ambiciosas que con algun fundamento se atribuian a ese caudillo. Pasado este temor, volvió a aumentar sus recelos la confederacion peru-boliviana promovida i ejecutada por el jeneral Santa-Cruz, quien con el pretesto de auxiliar a uno de los partidos belijerantes en el Perú se adueñó de ese pais. Pero si habia justicia para hacer la guerra, como la hizo Chile, a la confederacion peru-boliviana i para alejarse de toda union que comprometiese su soberania, no la habia cuando el objeto de la union era asegurar esa misma soberanía, defendiendo al mismo tiempo la de las otras repúblicas hermanas.

Porque hai una diferencia inmensa entre la confederacion de las naciones dirigida por una autoridad comun cualquiera, i la alianza que ellas acostumbran pactar para defenderse mutuamente. Ahora, la alianza sur-americana solo debe diferir de las demas alianzas en jeneral, en que éstas se celebran cuando surjen las cuestiones que las motivan: cesando esas cuestiones, las alianzas cesan; mientras que la americana tiene necesidad de ser permanente, o duradera hasta que satisfecha cada república de sus propias fuerzas, tenga los medios de hacerse respetar por sí misma.

La alianza no obsta a la soberanía, porque los vínculos que la forman i los objetos que ella comprende dependen de la libre voluntad de los aliados, i porque contraida a la defensa comun i no a la agresion, cada aliado conserva intacto su poder en el gobierno i arreglo de sus negocios internos.

Así lo comprendió el mismo gobierno de Chile cuando se unió con otros del Pacífico para rechazar la invasion que en 1846 se alistó en España contra el Ecuador. El congreso sur-americano se reunió por segunda vez entónces, al cabo de veinte años, pero sin ningun resultado, pues con haberse frustrado la espedicion se creyó imprudentemente que el peligro que una estraña casualidad habia conjurado, no podria renovarse.

Poco despues el mismo gobierno de Chile se mostró alarmado con motivo del tratado que el del Ecuador propuso a los Estados Unidos para la proteccion de las islas de Galápagos i del litoral ecuatoriano contra las tentativas que se temian de invasores filibusteros, en el supuesto de haberse descubierto en esas islas depósitos de huano. El temor del Ecuador era mui fundado, pues en esa riqueza habia un estímulo poderoso para nuevas espediciones, i cuando estaba mui reciente la que se habia dirigido contra él en 1852, protegida por el gobierno peruano, i si no protegida, consentida por el chileno.

Ese tratado, propuesto por el Ecuador i que no tuvo efecto, en

nada se parece a las repetidas intenciones que han existido para hacer intervenir en el gobierno interior de estos países a las naciones europeas; pues que entónces solo se trataba de una proteccion que todas las naciones pueden pedir o aceptar para asegurar sus derechos contra pretensiones estrañas. Lo único que hubo de censurable en aquella ocurrencia fué la pueril credulidad del congreso i el gobierno, que procedieron a legislar i tratar sobre la soñada riqueza con que un aventurero se burló de nuestro país.

Léjos de ofenderse el Ecuador con las reclamaciones de Chile contra este tratado, celebró de buena fe el interes que se mostraba por la independenciam de la América del Sur i la desconfianza con que se veian las intervenciones estrañeras, aun cuando éstas no afectasen nuestra soberanía. Se presentaba la ocasion de probar la realidad de ese interes, uniéndose todas o la mayor parte de las repúblicas para asegurarse recíprocamente su independenciam. El gobierno de Chile no pudo negarse, porque esto habria sido desmentirse, a las indicaciones que a este respecto se le hicieron de parte del Ecuador i que casi a un mismo tiempo le hizo tambien el del Perú. Tal fué el orijen del tratado continental o tripartito acordado en Santiago en 1856—tratado insuficiente, en el cual, aunque se hicieron arreglos útiles, nada se estipuló sobre la alianza americana. I aun así como fué ese tratado, quedó por parte de Chile en estado de simple esponcion, sin que nunca llegara a aprobarse i ménos a ratificarse. Como si él hubiese sido un acto de poca importancia, no se presentó a las cámaras que se hallaban reunidas, i se esperó un año para hacerlo; i aun entónces solo obtuvo la aprobacion de una de ellas: a la otra le faltó tiempo o voluntad para examinarlo. De este modo, la aprobacion que le dió el congreso ecuatoriano i las modificaciones hechas por el gobierno peruano quedaron inutilizadas, aguardando que una escuadra española viniese a apoderarse de las islas de Chíncha, con todas sus consecuencias, a bloquear a Chile i a quemar su principal ciudad marítima.

La conducta de Chile no puede esplicarse por razones de interes público; por desgracia éste no siempre prevalece. Los pueblos i los gobiernos, nó por ser entidades colectivas, están exentos de las pasiones i debilidades de la especie humana, i Chile ha tenido la debilidad de los pueblos i de los hombres favorecidos por la fortuna. Esa república se puso a la vanguardia de las demas del Pacífico despues de abierto el comercio con todas las naciones, por ser ella la primera que se encuentra en estos mares para recibir las naves que vienen del Atlántico, aprovechándose de preferencia del doble beneficio de la riqueza i de la civilizacion europeas. Su situacion jeográfica le ha servido tambien, si no para

preservarse de las disensiones intestinas comunes a las demas repúblicas, a lo ménos para hacerlas ménos durables i por consiguiente ménos funestas. Las guerras civiles se terminan allí en corto tiempo, porque los partidos belijerantes se encuentran pronto en la estrecha i casi llana faja de tierra que média entre el mar i la cordillera. De allí viené lo que se llama la estabilidad de sus instituciones.

Por otra parte, su misma situacion jeográfica la separa en cierto modo del resto del continente, siendo sus límites la cordillera, el mar i un desierto intransitable; especie de isla en la jeografía social de América, aunque no lo sea físicamente.

Pero en este mundo aun las mayores ventajas tienen su compensacion; i si de un pueblo se puede decir lo que vulgarmente se dice del hombre, Chile con haber prosperado perdió la cabeza. Comparando su prosperidad con la de las otras repúblicas ménos adelantadas, dejó de ver que comparándose a su vez con otras naciones siempre era ella misma mui pequeña. Las demostraciones de cortesía que recibia la hicieron creer que no estaba espuesta a los mismos peligros que sus hermanas, i que aun cuando no tuviese fuerzas materiales suficientes, la opinion de que gozaba le aseguraria el respeto universal.

Creyéndose así aislada i privilegiada, le parecia imprudente su alianza con las demas repúblicas, no queriendo esponerse a los peligros que pudieran acarrearle los desaciertos de sus aliados—peligros de que se habia preservado hasta entónces con su sistema de aislamiento.

Sin embargo, yá habia recojido bastante esperiencia para convertirse, haciéndose más cauta, de que fuera de las cuestiones que pudieran suscitarse por culpa de los americanos, habia en Europa, i principalmente en España, proyectos hostiles contra América. Pretendió salvarse aislándose, para recibir en su aislamiento, casi luego, los crueles desengaños que deploramos todavía i que habrían sido mayores si las otras repúblicas del Pacifico, cada una a su modo, no hubiesen acudido a la defensa, olvidando los desdenes de Chile i su neutralidad estudiada i defendida hasta el último momento delante de los cañones españoles. ¡I qué enorme diferencia! La España se contentaba con el saludo a su pabellon, humillacion que han devorado con frecuencia nuestras débiles repúblicas, sin merecer de Chile la más pequeña demostracion de simpatía. ¡Qué diferencia! Chile protestaba i justificaba en largas notas diplomáticas su neutralidad favorable a España, despues de que las fuerzas marítimas de esta nacion se apoderaron brutalmente de una parte del territorio peruano i de su principal riqueza, sin agravio real que recibiera i sin observar las formalidades exigidas por el

derecho de jentes.

Animado el gobierno chileno de sentimientos más nobles, habría podido encontrar, de tiempo atrás, en su alianza con las demás repúblicas medios seguros de engrandecerse, poniéndose a la cabeza de la alianza i haciendo partícipes a ellas de las consideraciones con que le honraban los gobiernos europeos; habría comunicado a sus aliados su propia circunspeccion i cordura, ejerciendo sobre ellos un influjo saludable en su propio provecho, estando como estaba en sus manos fijar las condiciones de la alianza del modo que juzgara más conveniente a sus propios intereses.

El gobierno de Chile no puede desconocer la deferencia con que le han tratado las demás repúblicas, ni lo que en las relaciones internacionales de éstas con otras naciones pudieran valer sus consejos. Bolivia i el Ecuador, que son las más débiles, no han pensado ni pueden pensar en disputarle su conocida superioridad, i en cuanto al Perú, éste no debe inspirarle la menor desconfianza, después de su noble comportamiento en defensa de Chile i de la América.

Sin embargo de todo esto, mui poco ha aprovechado con la leccion que ha recibido de los españoles, pues parece que vuelve otra vez a su política de aislamiento; porque no sabemos cómo calificar el último arreglo que ha hecho en Lóndres con el gobierno español para sacar de Inglaterra dos corbetas suyas en cambio de dos fragatas blindadas del *enemigo comun*, sin siquiera avisarlo previamente a sus aliados, como si temiese su justa desaprobacion, o como si en esa transaccion se envolviese algun odioso o funesto misterio.

Dios no quiera que sea cierto, como se asegura, que se niega a concurrir a un nuevo congreso americano por el temor infundado de comprometer su propia independencia. Pronto veremos el desengaño; i veremos tambien si las otras repúblicas aliadas, no contando con Chile, como si no existiera, buscan en otra parte los medios de proveer a su seguridad.

Entre tanto i sean cuales fueren los resultados, los buenos americanos no desistirán nunca de trabajar por la alianza, único medio de respetabilidad para la América, sin que obste en lo menor al ejercicio de la soberanía propia de cada una de sus secciones.

III.

L'histoire sans se corrompre change de caractère avec les âges, parcequ'elle se compose des faits acquis et des vérités trouvées, parcequ'elle reforme ses jugements par ses expériences, parcequ'étant le réstet des mœurs et des opinions de l'homme, elle est susceptible du perfectionnement même de l'espèce humaine.

La historia sin corromperse cambia de carácter con las edades, porque ella se compone de los hechos recojidos i de las verdades descubiertas, porque con sus esperiencias ella reforma sus juicios, i porque siendo el reflejo de las costumbres i de las opiniones del hombre, es susceptible de perfeccionarse como lo es la misma especie humana.

CHATEAUBRIAND, *Estudios históricos.*

Conocidas como son las diversas tentativas de intervencion que de Europa se han dirigido contra la independencia i las instituciones republicanas de la América española, i el apoyo que estas tentativas han tenido de parte de algunos americanos, difícil seria sin embargo explicar la conveniencia, sin contar con la justicia, que de ella reportarian los gobiernos europeos i los partidos políticos que entre nosotros les han servido de auxiliares; porque es ya un hecho indudable que la especie humana que por largos siglos ha vivido, con raras escepciones, bajo la presion de la fuerza bruta, ha llegado ya a la época en que tiene que ser gobernada por las inspiraciones de la-razon i de la justicia, reconocidas por la jeneralidad de los hombres.

La Inglaterra, que fué la primera en dotarse de instituciones libres, i que ha servido de ejemplo i de norma a las demas naciones, marcha cada dia en progresion acelerada por la via de las reformas, sin embargo de su circunspeccion característica. El imperio frances se enorgullece de tener su orijen i de conservar su apoyo en el sufragio universal. La Béljica, la Holanda, el nuevo reino de Italia, la España, el Austria i los diversos Estados alemanes, aparte de la antigua Confederacion Helvética, todas tienen gobiernos representativos; todas, aunque en diversos grados, están sometidas al influjo de la democracia, aun cuando conservan la forma de la monarquía hereditaria. Las formas no importan: lo que importa es el fondo de los principios que sirven de regla a los gobier-

nos ; lo que importa es que tengan su orijen en la opinion de las sociedades de cuya direccion están encargados, i esto basta para el bienestar i el adelantamiento de las naciones.

Intervenir en la América para cambiar sus gobiernos, o con cualquier otro pretexto, es una empresa, ademas de injusta, peligrosa para la misma Europa, pues llamadas a prosperar como están nuestras repúblicas, cuando lleguen a ser más fuertes i a unirse más estrechamente con los Estados Unidos del Norte, no será estraño que, sea en propia defensa, sea en justa represalia, envíen a la Europa la república en cambio de la monarquía que la Europa ha intentado imponer a la América. I sin esperar poco o mucho tiempo, la Inglaterra está expiando actualmente la falsa política que siguió durante la guerra que destruyó a los Estados Unidos. De las brasas de la destruida Confederacion del Sur han saltado las chispas del fenianismo que amenazan el Canadá, la Irlanda, i aun la misma Inglaterra—i gracias a la rectitud del gobierno de la Union, que en vez de propagarlas, ha hecho lo posible para estinguirlas.

Sin necesidad de ocurrir a intervenciones armadas, la Europa ejerce sobre la América i sobre el resto del mundo un influjo saludable que nada podrá detener, i que solo podrá retardar la errada política que ha seguido hasta ahora, si nose aparta de ella. La raza blanca, como la más inteligente, ha comprendido mejor que las otras razas, la mision del cristianismo identificado con la civilizacion, la cual no existe en ninguna parte donde el cristianismo no existe. Pasadas ya las antiguas incursiones de pueblos bárbaros contra pueblos bárbaros, de pueblos medio civilizados contra pueblos menos civilizados ; anatematizadas como sacrilegas las guerras de relijion, frustradas las locas tentativas de monarquía universal, solo falta que se establezcan sólidamente las diferentes nacionalidades en los límites que la naturaleza les ha prescrito, para que tome mayor ensanche i tenga mejores resultados la emigracion pacífica que se desprende incesantemente de Europa sobre todos los paises del globo. ¿ Qué son los Estados Unidos sino una porcion de la poblacion europea que ha cambiado de domicilio ? Aunque mezcladas las razas ; no es la raza europea la que prevalece con su civilizacion entre las demas de la América española ? Si todavía nos falta mucho para igualarnos a la Europa, si hai en nuestro modo de ser social errores que corregir, obstáculos que vencer, esperemos con fe recoger estos beneficios del influjo incontestable de la civilizacion, no de los esfuerzos violentos i por lo mismo precarios de intervenciones armadas. Deje la Europa que su raza cumpla la mision pacífica que ha recibido de la Providencia, sin contrariarla empleando la fuerza que en el día no es más que un contrasentido i un anacronismo. La civilizacion dará a su tiempo sus frutos naturales para

el bienestar material i moral de la especie humana. No volveremos por cierto al paraíso de donde fueron arrojados nuestros primeros padres, pero a lo ménos suprimiremos en lo posible los males de la humanidad alejando los atentados sangrientos que felizmente van disminuyendo.

Repasando la historia siglo por siglo, se ven i se palpan los progresos sucesivos que ha hecho la especie humana. Viéndolos podemos esperar los que hará en lo venidero, hasta que se cumplan los profundos designios de la Providencia. En sus leyes inmutables debemos buscar la felicidad de todos los pueblos, no en las combinaciones eventuales de una tortuosa política, i ménos que nada en la presión brutal de la fuerza. El mundo será todo republicano cuando todo él llegue a civilizarse.

Yá ha visto la Europa cómo han sido fallidos sus proyectos de monarquizar a la América: yá han visto los americanos que le sirvieron de auxiliares cuán ineficaces han sido para sus respectivos partidos las intervenciones europeas. Resueltos como estamos a trabajar por la union, si hemos tenido necesidad de bosquejar, sin agravar como pudiéramos, las faltas de los americanos, es para presentarles la ocasion de reconocerlas i repararlas; i lo conseguiremos en efecto luego que todos lleguemos a convencernos de que fuera de nuestro paisno hemos de encontrar las fuerzas con que triunfarán nuestros partidos. Sin más ejemplo, pues que el ejemplo es reciente, el partido en cuyas manos está actualmente el gobierno, vencido cuantas veces buscó apoyo en el extranjero, logró triunfar cuando buscó i encontró sus fuerzas en la voluntad del pueblo.

Aunque los últimos acontecimientos nos inspiren la esperanza de que tanto los gobiernos europeos como nuestros partidos políticos, renunciarán al sistema tantas veces malogrado de intervenciones armadas, sin embargo, léjos de desistir de la union debemos apresurarnos a estrecharla más fuertemente, porque será el mejor medio, conocida nuestra resolucion, de alejar las tentativas veleidosas a que esos gobiernos pudieran arrojarse de nuevo.

Con este solo resultado habrá conseguido mucho la América; i sin embargo, la union debe procurarnos otros muchos bienes que no poseemos, i librarnos de los gravísimos males que se oponen a la consolidacion del orden, de la paz i de nuestras instituciones.

La estension de nuestro territorio nos ha obligado a conservar las antiguas demarcaciones coloniales, estableciendo en ellas nacionalidades diversas; pero en verdad, por poco que se miren las razas que lo pueblan, su religion i sus costumbres, todas ellas forman un pueblo idéntico. Esta identidad existe desde tiempo inmemorial, i ha ido conservándose i aun renovándose en los diferentes períodos de nuestra historia. Todas ellas han pasado simultáneamente en-

ajenadas en un solo carril, por la barbarie de los abortijenes, por la presión de la conquista, por los combates de la independencia, por los desórdenes de las guerras civiles i por la resistencia a intervenciones estrañas.

La lejislacion civil i penal de nuestras repúblicas es casi la misma, i mui poco difieren las leyes especiales que rijen los diversos ramos de la administracion pública. Sin necesidad de grandes esfuerzos se podrian nivelar en todas ellas las leyes fiscales, monetarias, de instruccion i de beneficencia, ensanchando sobre todo con mayores franquicias los limites del comercio. En el tratado tripartito de 1856 i en el protocolo de las conferencias que le sirvió de base se encuentran indicados estos i otros puntos importantes, que no son de tan difícil realizacion, pues no tienen más obstáculo que la falta de voluntad o la apatía de los gobernantes.

Pero no es bastante alcanzar estos bienes, mejor dicho, nunca podremos tenerlos si no se pone término a los males que intencionalmente se hacen unas a otras nuestras repúblicas. Si se consideran los estrechos lazos con que las ha unido la naturaleza, i si se consideran tambien sus relaciones ménos íntimas con las naciones europeas, tal vez habria ménos motivo para acusar las intervenciones armadas que éstas nos envian, viendo la criminal i casi siempre hipócrita connivencia con que los diversos gobiernos de cada una de nuestras repúblicas fomentan o toleran las expediciones que los partidos vencidos hacen desde el pais que les sirve de asilo.

La hospitalidad es un deber para todas las naciones, pero es un deber imperfecto, que nadie tiene derecho de exigir, que ninguna nacion está obligada a conceder en daño de sus vecinas. Las medidas que se toman para impedir estos males entran naturalmente en la lejislacion de cada pais, i pueden estipularse con mayor razon en los tratados públicos, combinando los principios de humanidad en favor de los proscritos, con lo que la misma humanidad i la estricta justicia exigen para la tranquilidad, i más todavia, para la independencia de las naciones. Quitemos de entre nosotros esta plaga inmoral i desastrosa de las intervenciones, más o ménos solapadas, para no estimular las que vienen de Europa. Queremos que ésta no haga la propaganda monárquica; pues bien, comencemos por impedir la propaganda de nuestros partidos: dejemos que cada uno de ellos caiga o levante en su propia tierra; de otro modo, ninguna de nuestras repúblicas será realmente independiente.

No seria propasarse de los lejitimos objetos de la union americana, si despues de proveer lo conveniente contra las agresiones europeas, i contra las cruzadas políticas que se lanzan unas a otras nuestras repúblicas, tratásemos ademas de alejar las ocasiones de

que se hagan la guerra entre ellas. Se ha visto con frecuencia resolver las cuestiones internacionales por medio del arbitraje. Lo que se hace una vez no tiene inconveniente para hacerse siempre, ni lo tiene para que se fije con anticipacion el medio de terminar todo género de contiendas. Pues que en ellas lo que se alega es la justicia, no hai razon para que unas se sometan i otras nó a la decision imparcial de un tercero.

Sabemos mui bien que en las cuestiones que afectan el amor propio o la vanidad nacional, decorados con el pomposo i las más veces vacío nombre del honor, sabemos mui bien que en tales cuestiones los gobiernos rechazan las medidas conciliadoras siempre que se consideran más fuertes. ¡Es tan fácil ser enérgicos con los débiles! Pero no sabemos por qué razon las cuestiones de honor no estén sujetas a las leyes de la justicia; pues si realmente es la justicia lo que se busca, en ninguna parte se encontrará más desapasionada, i con mayor seguridad, que en la decision de los árbitros.

El único caso en que las represalias, o el empleo de la fuerza, puede justificarse, es cuando se trate de repeler una invasion o de recobrar una parte de territorio invadido, en el modo en que los españoles lo hicieron cuando se apoderaron de las islas de Chincha. Pero entónces mismo, repelida la invasion o recuperado el territorio, se debe volver al sistema de arreglar por árbitros las cuestiones que motivaron la invasion.

Suponiendo que las medidas acordadas en el tratado de union americana no produjesen siempre el resultado de conservar inalterable la paz entre nuestras repúblicas, bastaria para no considerarlo inútil si se consiguiese observarlas algunas veces. No debe desdafiarse el bien por pequeño que sea, aun cuando no se puedan alcanzar otros mayores.

I si el estado de nuestras repúblicas es tal que no sea posible prescindir siempre de la fuerza para decidir las cuestiones internacionales, a lo ménos se conseguiria mitigar las calamidades de la guerra, reformando radicalmente los principios absurdos en que se funda el actual derecho de jentes.

En los primeros tiempos de la historia la guerra daba al vencedor un derecho ilimitado sobre el vencido—derecho para esterminar a las personas—derecho para despojarlas de sus cosas. Más tarde, no por un sentimiento de humanidad, sino por un cálculo de codicia, se dejaba la vida a los prisioneros i a los pueblos conquistados, reduciéndolos a la condicion de esclavos. Este fué el origen de la esclavitud, que ha durado hasta estos últimos años después de tantos siglos de existencia.

Pero si los principios de humanidad han llegado a triunfar en

esta época con respecto a las personas, no ha sucedido lo mismo con respecto a sus propiedades. En cuanto a ésto los progresos han sido incompletos i lentos. Se ha hecho una distincion ciertamente inesplicable entre las propiedades terrestres i las marítimas; de manera que sobre las mismas cosas habia i hai todavía dos derechos de jentes perfectamente contradictorios. No es permitido el robo de los bienes de propiedad privada que se encuentran en tierra, salvo los casos de uso indispensable para la guerra; pero sí se permite i se autoriza el de los bienes que se encuentran en el mar. Establecida esta práctica, los belijerantes, i particularmente los más débiles, adoptaron el sistema de autorizar a sus respectivos ciudadanos para apresar los buques i las mercaderías del enemigo, esto es, para dar patentes de corso.

El emperador Napoleon I hizo notar i combatió con la superioridad de su talento esta absurda contradiccion, pero sin ningun efecto. Los ingleses, sin rivales en el mar, la sostuvieron. Al fin, como siempre llega un dia en que la civilizacion hace prevalecer los principios de la justicia, las más poderosas naciones reunidas en congreso acordaron la supresion del corso, con lo cual sin embargo hemos quedado, como se dice, a media carrera. El gobierno de los Estados Unidos, invitado para adherirse a esa declaracion, exigió por su parte que la reforma fuese más léjos, asegurándose la inmunidad de la propiedad privada, no solo con respecto a los corsarios, sino tambien a los buques de guerra.

Las razones del gobierno de la Union no podian ser más concluyentes, pues que por el contrario no hai razon para distinguir el robo que se hace por un buque con patente de guerra i el que se hace con patente de corso, pues que ámbos la reciben del mismo gobierno, i ámbos tienen el mismo objeto. Tal diferencia no ha podido establecerse sino para sostener en toda su estension la superioridad de las naciones fuertes, de manera que se pongan completamente en salvo las propiedades de sus súbditos; quedando espuestas a un autorizado saqueo las propiedades de los súbditos de las naciones más débiles.

El voto de los Estados Unidos, entónces rechazado, ha encontrado yá eco en el continente europeo, pues si no nos engañan las noticias que de allá vienen, la dieta alemana ha excitado al ministro de relaciones esterióres para que invite a los gobiernos de las otras naciones a acordar que en tiempo de guerra se asegure en el mar la inmunidad de la propiedad privada.

La idea, va pues, ganando terreno; pero miétras las naciones europeas llegan a adoptarla podemos nosotros los americanos darle su completo desarrollo, suprimiendo las sutilezas i distinciones que se han inventado para justificar el robo en tiempo de guerra, como

por ejemplo, si es permitido hacerlo en el mar i no en tierra, si es permitido hacerlo con buques armados de un modo i no con otros que lo son de diferente manera, si la bandera neutral cubre la mercancía enemiga, i aun si en buque enemigo se considera libre la mercancía neutral, en qué casos i en qué forma debe ejercerse el derecho de visita, &c. &c.

Pues que todos los hombres que tienen una mediana ilustración, están convencidos en el día de que es necesario reducir a los más estrechos límites las calamidades de la guerra, parece fuera de duda que el mejor modo de conseguir este objeto seria poner la propiedad privada al abrigo de todo acto de hostilidad. En las conferencias tenidas en Santiago de Chile el 10 de Setiembre de 1856, que sirvieron de base al tratado tripartito, propuso el plenipotenciario del Ecuador, entre otras cosas, lo siguiente: "El estado de guerra no interrumpirá el comercio marítimo i terrestre entre los pueblos i habitantes de los beligerantes, con escepcion de las plazas bloqueadas i de los territorios que sean el teatro de operaciones militares, i esceptuándose indistintamente los artículos de ilícito comercio o de contrabando de guerra; i que debiendo el estado de guerra pesar proporcionalmente sobre los ciudadanos de cada Estado, al restablecimiento de la paz se determinará a cuál de los beligerantes corresponda indemnizar a los particulares por las exacciones, daños i perjuicios que hubiesen sufrido en sus propiedades."

La proposición del plenipotenciario ecuatoriano no fué acogida por sus colegas, sin embargo de ser tan clara la razón en que se fundaba, pues que siendo la guerra el hecho de toda la nación, i no de uno o varios individuos, ella toda debia soportar las pérdidas que fuesen su consecuencia, no los individuos particulares, pues que las guerras no se hacen ni se sostienen para reclamar o defender derechos o intereses personales.

Pero lo que se deseó entonces, tal vez por no apartarse de las prácticas observadas en Europa, tendrá ménos inconvenientes para ser admitido ahora que la misma idea o una idea aproximada nos viene de la Alemania. Triste cosa por cierto es detenerse en aceptar el bien porque no nos viene de lejos, cuando podemos encontrarlo entre nosotros mismos, desentendiéndonos de averiguar su procedencia.

La reforma propuesta arranca de raíz los abusos de la fuerza, propios de los tiempos de barbarie, i que los pueblos civilizados han ido cortando tímidamente por pequeños trozos i con mano débil.

La reforma propuesta no es de aquellas de que pueda decirse, "todavía no es tiempo", pues que en los tiempos en que vivimos hai en el mundo bastante civilización para alcanzarla. No es tam-

poco de aquellas otras, hijas de la ilusion o de las malas pasiones, en que se trata de poner a la sociedad en una situacion adonde no se elevan todavía sus propias ideas—es de aquellas que todos comprenden; i estamos seguros, que si fuera posible que los grandes estadistas que dirijen la política de las grandes naciones interrogasen a todas las jentes sin distincion, ignorantes i sabios, todas les contestarian: “Nos parece mui bien que en lo sucesivo no se autorice el robo ni aun en tiempo de guerra.”

La reforma propuesta, a más de los beneficios inmensos que hará a la humanidad en la edad presente i en las venideras, servirá tambien para sacar a la España i a las repúblicas aliadas de Sur-América de la situacion embarazosa, desastrosa i ciertamente ridícula en que se encuentran. Declarada libre por nuestra parte la propiedad privada, podrá restablecerse el comercio, cuya falta arruina a los belijerantes sin ningun jénero de compensacion. Hecho esto, podrán ellos continuar con sus respectivas exigencias, si quieren prolongar una guerra nominal i quijotesca, en que los combatientes no pueden esgrimir sus armas sino de una distancia en que no llegarán a ofenderse.

Así, por un fenómeno nunca visto ni oido, se sostiene una guerra en que solo figuran, en que solo padecen los españoles i americanos que ejercen las artes de la paz, miéntras que los soldados i los marinos asisten con los brazos cruzados a este triste i vergonzoso espectáculo.

Guayaquil, 9 de Octubre de 1868.

DEDICATORY TO THE HON. MR. FAGAN

A. B. M. CHARGÉ D'AFFAIRES IN QUITO.

When in the gaunt solitude of the dark forest, and at the unwholesome noise of the mischievous snake, as it sneaks along the tortuous path with its ever-ready dart of death-bearing-nature, we hurl the deadly weapon at its from-satan's-world-borrowed-form; our task is not one of revenge; for then we do but obey one of God's own laws, that shall eternally reign throughout the Universe "War against Evil."

Thus when in the following paragraphs we strike hard blows at the underhand workers, who ignobly plotted the undeserved downfall of a fellow-being, our aim is levelled at them, in obedience to that very same great law of the Universe, without which it cannot subsist "War against Evil"—Our object is to tear from the innocent fly, which the foul spider has caught in its web, the venomous thread with which it spins destruction.

Mark ye, human travellers, —every one time, when striding along through this hard, hard world, your footstep alights upon Evil, "Crush it"—it is the hideous form of the Medusa-head.

Forgive then, gentle reader, when speaking of injustice and unfair play, we are using hard or severe expressions-

Nature's colours to be true, must be strong or weak, according to the objects they are meant to represent.

The summer mid-day sky must be azure-blue, as the dark winter night is jet-black in its spectral self;—and the deep gully, the lovely valley, the fathomless sea, the meandering streamlet, the sandy desert and the grassy meadow, all things in nature have their own particular colouring, which befiteth their real selves. And he that means to write "truth," does well to strive to imitate nature's laws. Thus when speaking of virtue or vice, of goodness or villany, let every human idea appear in its true garb; and insignificant as may appear your task, you have done well in carrying one little stone to the great edifice of "*Truth*".

We will boldly say, that on writing the present we have followed but the dictates of our conscience, fearless of whatever consequences that may come;—and be it said at once, that we are fully acquainted with the dangers which, at the present moment of triumphant despotism, surround him that sayeth his own true say.

Undoubtedly our hearts fill with sadness when from the lofty pinnacle of the civilization of our century, we behold the greater part of the world, the small states of this as well as the vast Empires of the old Continent, prostrate once more at the feet of "*Jesuitism*." ; Has light become incompatible with truth, or is the world approaching to its end, when the worst shall come before the last?

No, this can be but temporary; to-morrow he that presideth over the destinies of mankind, will strike his mighty foot upon the platform of heavens, and as if by enchantment, all the hideous forms of the fiendish world that apparently overrule us at present, shall tremble, shrink back and hide within the innermost caverns of Darkness—*Man* shall again be free!

ADVERTENCIA.

Imprimimos este folleto los amigos del señor Mocatta, sin su intervencion ni conocimiento; un hombre como él de las costumbres mas puras y delicadas, no nos habria permitido esta publicacion al saberla. Hacemos én ella una justicia imparcial al honrado funcionario Inglés, que siempre supo desempeñar dignamente su puesto; que siempre protejió debidamente el comercio y los intereses británicos; y que siempre se comportó en la Sociedad libre de toda censura. Si en la narracion y con referencia al señor Fagan, E. de N. de S. M. B. hemos empleado algunas palabras duras, algunas frases severas, no es por odio al victimario de un amigo, sino porque la imperiosa necesidad de narrar los hechos tales como han sido, nos ha impuesto aquel penoso sacrificio a la verdad. El señor Fagan ha lastimado profundamente el honor del señor Mocatta, obtenido la mas injusticable destitucion del Consulado británico que desempeñaba en Guayaquil, y no era dable permitir que el pueblo inglés, *la última ratio* de la gran Nacion, dejára de conocer la realidad de las cosas. Hemos herido al señor Fagan, es cierto, pero lo herimos, como se hiere en la India al chacal que sale al camino á devorar á lós pacíficos caminantes; hemos pues cumplido un gran deber.

Lima, Diciembre 17 de 1864.